

Revelación y Fe

Ministerios Laicos – Formación

P. Adalberto Sanchez

A. Conceptos básicos de las escrituras

- Cómo utilizar las sagradas escrituras y el Catecismo de la Iglesia Católica (capítulos, versículo, y notas al pie de página).

- Antiguo y Nuevo Testamento

a) La palabra **BIBLIA** proviene del griego, **Βίβλος**, y es un plural, que significa «**los libros santos**». Al pasar por el latín se ha convertido en una palabra femenina singular, la biblia. La biblia se divide en dos partes: **Antiguo Testamento** y **Nuevo Testamento**. La palabra **testamento** no tiene el sentido que le damos en nuestras lenguas. La versión latina ha utilizado la palabra testamento para traducir la palabra hebrea que en español traducimos por «**la alianza**». Se trata de la antigua alianza establecida por Dios con su pueblo por medio de Moisés y de la nueva alianza en Jesucristo.

El **Antiguo Testamento** comprende 46 libros en la biblia católica. La biblia protestante no incluye los libros «deuterocanónicos» porque no lo consideran inspirados, ellos los llaman «apócrifos». Esto son los libros que no incluyen en la biblia protestante: Baruc, Judit, 1 y 2 Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico y Tobías. Estos libros si están incluidos en la biblia hebrea.

El **Nuevo Testamento** comprende 27 libros, y es idéntico para todos los cristianos.

La biblia es una biblioteca compuesta de 73 libros en total. Los libros pueden agruparse de la siguiente manera: Pentateuco, son los cinco primeros libros; Históricos, todos los que hablan sobre la historia de Israel; Proféticos, comprende a todos los profetas, tanto mayores como menores; Poéticos y Sapienciales, comprende a todos los libros que hablan de sabiduría y salmos.

- Para poder leer y designar con precisión un pasaje de la biblia, se ha dividido el texto en **capítulos** y, dentro de cada capítulo, se ha numerado cada una de las frases que llamamos **versículos**. Esta numeración en **capítulos** y **versículos** tiene un interés puramente práctico.

b) Sistema de abreviación y referencias usados corrientemente:

Hech 2, 22-24.28; 3, 10-18 Significa: Libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo 2, versículos 22 al 24 (incluido) y versículo 28; además, capítulo 3 versículos 10 al 18 (incluido).

Hech 2, 22ss significa: Hecho de los Apóstoles, capítulo 2, versículos 22 y siguientes.

A veces hay versículos demasiado largos y hay que subdividirlos, utilizando entonces letras: Hech 2, 22a.23b significa: la primera parte del versículo 22 del capítulo 2 de los Hechos de los Apóstoles y la segunda parte del versículo 23.

Para designar los libros se suelen utilizar ciertas **abreviaturas** cuya lista pueden ver al inicio de sus biblias o al final en la tabla de contenido, depende de la versión de la biblia. Este sistema tiende a unificarse y va siendo cada vez más común en las diferentes biblias, excepto en el caso de **Isaías (Is)**, llamado **Esaiás (Es)** en las biblias judías, protestantes y ecuménicas. El **Eclesiástico (Eclo)** a veces se cita «**Si**» (**Sirácida**, por su autor), lo mismo que el **Eclesiastés (Ecl)** que se cita «**Qo**» (**Qoheleth**).

La **numeración de los salmos** es distinta en la biblia hebrea y en la biblia griega, seguida por la biblia latina y por los libros litúrgicos; habitualmente se da la numeración hebrea poniéndola entre paréntesis, tras la numeración latina; por ejemplo, **Sal 104 (103)**.

Textos de la Biblia

El **Antiguo Testamento** está escrito en hebreo (con algunos pasajes en arameo), excepto algunos libros en **griego**. Al texto hebreo se le llama a veces «**texto masorético**» (los «**masoretas**» son unos sabios judíos que, a partir del siglo VII p. C. pusieron vocales para facilitar la lectura del hebreo que, como el árabe, sólo se escribe normalmente con consonantes).

El **Antiguo Testamento** fue traducido al **griego** a partir del siglo III a. C. en Alejandría. Esta traducción, muy cuidada, es llamada de «**los Setentas**», debido a los 70 sabios que, según la leyenda, tradujeron el texto hebreo del Pentateuco. Se conocen otras traducciones griegas antiguas: las de Aquila, de Símaco, de Teodoción.

El **Nuevo Testamento** fue escrito íntegramente en **griego**, en la lengua «común» de aquella época, que no es el griego clásico [a veces se llama a esta lengua griega «**koiné**» o «**común**»].

La **traducción latina** de la biblia se hizo en diversas épocas. La llamada «Vulgata» [o edición «vulgarizada»] es obra de san Jerónimo, entre los siglos IV y V¹.

Catecismo de la Iglesia Católica

El Catecismo de la Iglesia Católica es un documento de la Iglesia promulgado y publicado en 1997 que contiene la exposición de la fe, la doctrina y la enseñanza moral de la Iglesia, atestiguada e iluminada por la Sagrada Escritura, la Tradición Apostólica y el Magisterio Eclesiástico.

El CIC está estructurado de la siguiente manera: Teología Dogmática, Teología Litúrgica, Teología Moral y Teología Mística. Consta de cuatro partes: La primera parte se llama: “Profesión de Fe”, tiene como eje central el credo. La segunda parte se llama: “La celebración del misterio cristiano”, se basa en la gracia santificante conferida por los sacramentos. La tercera parte se llama: “La vida en Cristo”, aborda el estudio de la moral y de los mandamientos (Decálogo). La cuarta parte se llama: “La oración cristiana”, expone la oración como parte fundamental en la vida del cristiano. Cada parte está dividida en dos secciones.

¹ Otras indicaciones interesantes pueden verse en el número de Fêtes et Saisons, Mieux comprendre la bible. Cerf, Paris 1973.

B. La Revelación Divina Dei Verbum & Sancta Mater Ecclesia

¿Qué entendemos por Revelación Divina o qué es la revelación de Dios? Desde el punto de vista de la Constitución Dogmática Dei Verbum (Palabra de Dios) y de la Instrucción acerca de la verdad histórica de los evangelios «Sancta Mater Ecclesia» (Pontificia Comisión Bíblica, 21 de abril 1964).

Podemos entender por revelación divina la manifestación de una entidad sobrenatural (divina) a través de la comunicación activa o pasiva a los hombres. La revelación natural es una manifestación a partir de la realidad del universo. La naturaleza, el mismo ser humano, o sea, toda la creación, el hombre puede, por analogía (comparación) y con el solo uso de la luz natural de la razón, llegar al conocimiento y certeza de la existencia de un Dios creador. La revelación sobrenatural es una acción más específica y directa de Dios para manifestarse por una libre iniciativa suya de modo que trascienda las realidades naturales². Dios se revela como Ser personal, a través de una historia de salvación, creando y educando a un pueblo para que fuese guardián de su Palabra y para preparar en él la Encarnación de su Jesucristo.

Teniendo una idea de lo que es la revelación, ahora podemos ver qué nos dice la Constitución Dogmática Dei Verbum y la Sancta Mater Ecclesia sobre la revelación divina.

«Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las

² Concilio Vaticano I, DS 3015

palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación³» (CIC 51).

«Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones. Por ello Cristo Señor, en quien se consuma toda la revelación total del Dios sumo, mandó a los apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los profetas, lo completó Él y promulgó con su propia boca, como fuente de toda verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres. Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo, escribieron el mensaje de salvación» (DV 7).

«Esta tradición, que deriva de los apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo, puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón; ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales; ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma de cierto de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios. Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta Tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición conoce la Iglesia el canon de los libros sagrados, y la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa; y de esta forma Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo; y el

³ Cf. Mt 11, 27; Jn 1, 14. 17; 17, 1-3; 2 Cor 3, 16; 4, 6; Ef 1, 3-14.

Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente» (DV 8).

a) Características de la revelación.

Podemos decir de alguna forma las siguientes características de la revelación:

- La revelación es cósmica e histórica: por la manifestación de Dios mismo en la realidad creada.
- La revelación a través del dialogo de amor y amistad: porque tiene su origen en el amor de Dios por los hombres y el objetivo es entablar un diálogo íntimo.
- La revelación a través de las obras y palabras, estos sucesos se narran y se escriben.
- La revelación es universal, Dios manifiesta a los hombres y se hace accesible.
- La revelación es Cristocéntrica y Trinitaria, Cristo es Mediador, en cuanto que es el único camino para comunicar la verdad y la vida; y es la plenitud de todo. Las tres personas divinas colaboran en la economía de la salvación.
- La revelación de Dios es Palabra viva y eficaz, interpela, exhorta, corrige y convierte.
- La revelación de Dios es autocomunicación y automanifestación libre y amorosa. Se manifiesta como don y comunica su propio misterio.

b) Interpretación adecuada de la Revelación Divina

«El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiada únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que le sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe

saca la que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer» (DV 10).

«Es evidente, por tanto, que la sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tienen consistencia el uno sin los otros, y que juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (DV 10).

c) Sagrada Tradición y Sagrada Escritura

«Así, pues, la sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin. Ya que la Sagrada Escritura es la palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los apóstoles la palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de la verdad, la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se ha de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad» (DV 9).

«La sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia; fiel a este depósito, todo el pueblo santo, unido con sus pastores en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, persevera constante en la fracción del pan y en la oración, de suerte que prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida» (DV 10).

d) Nuestra respuesta a la revelación de Dios

«Cuando Dios revela hay que prestarle *la obediencia de la fe*, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando “*a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad*”, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios que previene y ayuda, y los auxilios internos

del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da “a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad”. Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones» (DV 5) (CIC)⁴.

C. ¿Qué es la fe?

Vamos a definir aquí la fe tal cual como la describe el Catecismo de la Iglesia Católica: «Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta los Hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (Hb 11, 1). “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia” (Rm 4, 3). Gracias a esta “fe poderosa”, Abraham vino a ser “el padre de todos los creyentes” (Rm 4, 11.18)» (CIC 146).

a) Dimensiones de la fe

Al mismo tiempo la fe tiene dos grandes dimensiones, personal o individual y comunitaria⁵.

«La fe tiene un componente inevitablemente personal, sin el que se convierta en un “seguidismo” ideológico, sociológico, tradicional, o en imposición coactiva. Para que la fe no se quede en mera afirmación de creencias, tiene que pasar por el hondón existencial de la afirmación de la vida. Tiene que poseer el toque interior profundo insustituible de la propia persona en el juego de la existencia.

Pero la fe no es sólo y únicamente personal. O, mejor, por ser personal, no es asocialmente personal, sino solidariamente personal, como sucede con toda opción de un ser humano, que es un ser social. Los cristianos expresamos y vivimos esta dimensión social, comunitaria, de la fe cristiana diciendo que nuestra fe personal es una fe eclesial (comunitaria).

⁴ Para una mejor comprensión leer todo el capítulo tercero, la respuesta del hombre a Dios, del Catecismo de la Iglesia Católica, pp 35-43.

⁵ Para una mejor comprensión de las dimensiones de la fe, conviene leer a José María Mardones, «Una fe personal es una fe eclesial», Sal-Terrae, Madrid, 1995.

Esta eclesialidad de nuestra fe no es un rasgo fácil, una afirmación verbal, sin más. Está llena de trampas para la misma fe y de exigencias para quien la quiera vivir de forma adulta, es decir, consciente y responsable. Ser creyente dentro de la Iglesia es una característica cristiana –un “hábito del corazón” creyente cristiano– cuya gloria no deja de verse rasgada a menudo por contradicciones y tensiones».

¿Cómo entendemos la fe en su dimensión personal?

«El acento en el lado personal, lo sabemos bien, no debería nunca ser obstáculo para afirmar la eclesialidad de la fe. El lado comunitario, cuando es sano y auténtico, se conjuga bien con el personal. Pero, como insinuábamos hace un instante, en la historia real no se han casado bien ambos términos. A veces el exceso comunitario ha sido incapaz de reconocer y facilitar las dimensiones personales, individuales, propias de cada creyente. Se ha afirmado lo general hasta generar en exteriorismo superficial, hecho de vinculaciones a unas tradiciones, a la organización, a la autoridad o a las creencias en cuanto meras afirmaciones doctrinales. Le faltaba esa fe, para ser real, algo que quizá se daba por supuesto y que no es nada fácil: conquistar la conciencia y la libertad, la mente y el corazón del creyente. De esta manera, nos quedamos con creyentes vinculados, adheridos al mecanismo humano, cultural, burocrático, organizacional de la fe. Un verdadero despilfarro espiritual, hecho a base de expresiones oficiales, convencionalismos en el comportamiento, pereza interior o temor a salirse de los cauces diseñados eclesiásticamente».

«La afirmación individualista hasta la negación de la comunitariedad, el “creer en Jesús, pero no en la Iglesia”, responde, en los mil imponderables de cada historia, a la pérdida de la dimensión personal. Brota entonces, como compensación, la acentuación contraria: un intento de edificar la fe al margen de las tradiciones muy discutibles, de autoridades impositivas, de uniformismos castradores de la inteligencia y de la propia conciencia. En el límite –algo que vemos ocurre en nuestros días–, se preparan “menús” individuales a gusto de cada cual. Nos situamos en el uso y abuso de la tradición y la institución eclesial. Subjetivismo excesivo o individualismo abusivo, frente a las adhesiones

pasivas y disciplinares frecuentemente acentuadas y solicitadas por la institución eclesial».

Por último, cabe decir sobre la fe personal: «La verdad del individualista nos está recordando que no hay fe eclesial sana ni auténtica al margen de la profundización inteligente, del conocimiento interior y de la opción personal comprometida vitalmente. Cada creyente está llamado a recrear en términos personales, desde sí y para sí, la fe que ha recibido en la tradición de los que prosiguen la causa de Jesús. Sin que dicha causa sea su causa, no hay realmente fe. Lo demás es tener creyentes en estado de tutelaje y minoría de edad. Nos vamos dando cuenta de que una verdadera fe eclesial no quiere decir menos que una verdadera vida espiritual. Y éste exige y pasa por la totalidad del ser humano. Especialmente en nuestro momento, vemos que se debe conjugar la fe personal con la comunitaria; la referencia a una tradición, comunidad de creyentes, con la vivencia y penetración personal lúcida y cálida».

Veamos ahora la dimensión eclesial de la fe. «¿Qué quiere decir este hábito eclesial de la fe cristiana? Nos recuerda que la fe en Jesucristo es comunitaria. Que brota de una comunidad o asamblea (ekklesia, ecclesia) de los reunidos por la fuerza del Espíritu de Jesús para continuar su misión. Tras Jesús, crucificado y resucitado, surgió el movimiento comunitario de los llamados a proseguir la causa del Nazareno. Aquí está el origen de la fe cristiana que nosotros hemos heredado. No la hemos recibido en directo, aisladamente, en un individualismo asocial, sino como corresponde al ser humano y a los orígenes mismo de la fe. La fe cristiana -como toda fe religiosa compartida con otros- se remite a una tradición. Nos viene rodada, a través de las vicisitudes de los siglos, por esa nube ingente de testigos que, según ve ya el autor de la carta a los Hebreos (11), se alarga hasta los albores de la humanidad».

«Una visión acertada, porque, si tiramos de la tradición hacia arriba, no podríamos detenernos si no es en los mismísimos balbucesos de la humanidad; y, como toda tradición, tiene sus cumbres no sobrepasadas: para nosotros, la del Señor Jesús. Tiene razón los comunitaristas frente a los individualistas liberales, tanto en las cuestiones socio-políticas como

en las religiosas, al afirmar que no existe ese pretendido individuo poseedor de una opción personal de fe, arrancado de las raíces nutridas de la tradición y la comunidad. Tal individuo es un ser falso e inexistente. Existen seres humanos, hijos de otros seres humanos e insertos en una cultura, en una tradición cultural, religiosa, etc. Así se engendran también los creyentes: en el seno de una comunidad que vive, celebra, habla y practica un estilo de vida remitido a Jesucristo. No es necesario ser cristiano “de siempre” para entender que incluso los conversos se ven referidos a esta fe transmitida en y por la comunidad creyente, o iglesia. Tienen razón, por tanto, los que nos recuerdan hoy –a menudo con compulsiva y no sana insistencia– la necesidad, no sólo de ser conscientes de este carácter comunitario, eclesial, constituyente de toda fe cristiana, sino también de estar orgullosos de ello. La denominada por algunos gloria de la pertenencia a la Iglesia se funda en esta grandeza: somos hijos en el Hijo mediante la transmisión y comunicación de la fe en esta cadena comunitaria. Hay una mediación eclesial en el engendramiento espiritual del creyente. Por esta razón se usan los símbolos de la maternidad eclesial respecto al creyente y se solicita una actitud agradecida y respetuosa respecto a la Madre Iglesia. El creyente vive alimentado, amamantado por la comunidad de los creyentes por los que se han comprometido a llevar adelante la causa de Jesús y a dar testimonio solidario y esperanzado de ella en medio de los hombres».

«La luz fulgurante que procede de esta maternidad espiritual de la Iglesia debe disipar todas las brumas y aun oscuridades que proceden de la condición humana, excesivamente humana, de la comunidad de los creyentes. Los fallos y pecados eclesiales nunca borrarán el hecho de que dicha comunidad representa y actualiza para los hombres de hoy y de mañana la oferta salvadora, acogedora, de Dios al ser humano, tal como se presenta, desde Jesús, en la comunidad de sus continuadores. La gracia –habría que decir aquí también– sobre pasa al pecado. Hay que vivir más la gloria de la pertenencia a la Iglesia que la distancia crítica y fría de los espíritus ilustrados y, quizá, poco fervorosos. La Iglesia es el lugar de la fe, donde el Espíritu Santo activa incesantemente esa chispa

de vida y de decisión por Jesús que llamamos “fe”. Pero, ¿No existe el peligro de que el discurso comunitarista, f3rvido y filial, se torne legitimaci3n del lado oscuro y demasiado humano de la Iglesia? Querer acriticamente a la comunidad eclesial ¿no se puede convertir en una estrategia exculpatoria y, por consiguiente, encubridora y falsa? Hay que mantener una tensi3n con la verdad de los comunitaristas la de sus cr3ticas, proclives incluso al individualismo de la fe».

D. Fe y raz3n

Aspectos relevantes de la Fides et ratio. Que podemos se1alar o resaltar de esta carta Enc3clica de san Juan Pablo II. Podemos se1alar tres cosas o aspectos.

1. Este documento quiere ser una invitaci3n a un di3logo de la Fe y la Raz3n. Dado que el relativismo de los a1os noventa descalificaba la cuesti3n por la verdad, y la pon3a como algo subjetivo y parcial, de esa manera romp3a con la armon3a entre el mundo del pensamiento y de la fe; de una verdad universal v3lida para todos.
2. La fe no puede estar sin el auxilio de la raz3n, pues estar3a notablemente mermada en su tarea, la de establecer puentes entre la teolog3a y la filosof3a, entre el esp3ritu religioso y el mundo del pensamiento.
3. La fe y la raz3n nos muestran que no hay divergencias entre la teolog3a y la filosof3a. Podr3a haber divergencia s3lo en una filosof3a estrecha y obtusa, idealista y separada del esp3ritu religioso.

Complementariedad e interrelaci3n entre fe y raz3n

En el **cap3tulo IV Relaci3n entre la fe y la raz3n**, el Papa se1ala la relaci3n que debe existir, por la que los santos Padres han trabajado para establecerla. En el numeral 41 el Papa dice lo siguiente: «Varias han sido pues las formas con que los Padres de Oriente y de Occidente han entrado en contacto con las escuelas filos3ficas. Esto no significa que hayan identificado el contenido del mensaje con los sistemas a que hac3an referencia. La pregunta de Tertuliano: “¿Qu3 tienen en com3n Atenas y Jerusal3n? ¿La Academia y la Iglesia?”, es claro indicio de la

conciencia crítica con que los pensadores cristianos, desde el principio, afrontaron el problema de la relación entre la fe y la filosofía, considerándola globalmente en sus aspectos positivos y en sus límites. No eran pensadores ingenuos. Precisamente porque vivían con intensidad el contenido de la fe, sabían llegar a las formas más profundas de la especulación. Por consiguiente, es injusto y reductivo limitar su obra a la sola transposición de las verdades de la fe en categorías filosóficas. Hicieron mucho más. En efecto, fueron capaces de sacar a la luz plenamente lo que todavía permanecía implícito y propedéutico en el pensamiento de los grandes filósofos antiguos. Estos, como ya he dicho, habían mostrado cómo la razón, liberada de las ataduras externas, podía salir del callejón ciego de los mitos, para abrirse de forma más adecuada a la trascendencia. Así pues, una razón purificada y recta era capaz de llegar a los niveles más altos de la reflexión, dando un fundamento sólido a la percepción del ser, de lo trascendente y de lo absoluto».

El texto, aquí resalta, la relación entre la fe y la razón. «Justamente aquí está la novedad alcanzada por los Padres. Ellos acogieron plenamente la razón abierta a lo absoluto y en ella incorporaron la riqueza de la Revelación. El encuentro no fue sólo entre culturas, donde tal vez una es seducida por el atractivo de otra, sino que tuvo lugar en lo profundo de los espíritus, siendo un encuentro entre la criatura y el Creador. Sobrepasando el fin mismo hacia el que inconscientemente tendía por su naturaleza, la razón pudo alcanzar el bien sumo y la verdad suprema en la persona del Verbo encarnado. Ante las filosofías, los Padres no tuvieron miedo, sin embargo, de reconocer tanto los elementos comunes como las diferencias que presentaban con la Revelación. Ser conscientes de las convergencias no ofuscaba en ellos el reconocimiento de las diferencias».

Este numeral concluye diciendo lo siguiente: «Se confirma una vez más la armonía fundamental del conocimiento filosófico y el de la fe: la fe requiere que su objeto sea comprendido con la ayuda de la razón; la razón, en el culmen de su búsqueda, admite como necesario lo que la fe le presenta».

Teología

En esa interacción que hay entre teología y filosofía podemos decir lo siguiente: «65. La teología se organiza como ciencia de la fe a la luz de un doble principio metodológico: El *auditus fidei* y el *intellectus fidei*. Con el primero, asume los contenidos de la Revelación tal y como han sido explicitados progresivamente en la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio vivo de la Iglesia. Con el segundo, la teología quiere responder a las exigencias propias del pensamiento mediante la reflexión especulativa» (Capítulo VI Interacción entre teología y filosofía).

Al final, el Papa, concluye en el Capítulo VII Exigencias y cometidos actuales, diciendo la siguiente: «99. La labor teológica en la Iglesia está ante todo al servicio del anuncio de la fe y de la catequesis. El anuncio o kerigma llama a la conversión, proponiendo la verdad de Cristo que culmina en su Misterio pascual. En efecto, sólo en Cristo es posible conocer la plenitud de la verdad que nos salva (cf. Hch 4, 12; 1 Tm 2, 4-6)».

«En este contexto se comprende bien por qué, además de la teología, tiene también un notable interés la referencia a la *catequesis*, pues conlleva implicaciones filosóficas que deben estudiarse a la luz de la fe. La enseñanza dada en la catequesis tiene un efecto formativo para la persona. La catequesis, que es también comunicación lingüística, debe presentar la doctrina de la Iglesia en su integridad, mostrando su relación con la vida de los creyentes. Se da así una unión especial entre enseñanza y vida, que es imposible alcanzar de otro modo. En efecto, lo que se comunica en la catequesis no es un conjunto de verdades conceptuales, sino el misterio del Dios vivo».

«La reflexión filosófica puede contribuir mucho a clarificar entre verdad y vida, entre acontecimiento y verdad doctrinal y, sobre todo, la relación entre verdad trascendente y lenguaje humanamente inteligible. La reciprocidad que hay entre las materias teológicas y los objetivos alcanzados por las diferentes corrientes filosóficas puede manifestar,

pues, una fecundidad concreta de cara a la comunicación de la fe y de su comprensión más profunda».

Bibliografía básica

Constitución Dogmática Dei Verbum, Documentos del Concilio Vaticano II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965.

Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición, Librería Editrice Vaticana, 1997.

Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2018.

Otros recursos

Fides et ratio, Carta encíclica, Juan Pablo II, Roma 1998.

Para leer la biblia, Etienne Charpentier, Cuadernos bíblicos 1, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1976.

Primeros pasos por la biblia, Equipo “Chiers Evangile”, Cuadernos bíblicos 35, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1981.

Sancta Mater Ecclesia, Instrucción acerca de la verdad histórica de los evangelios (Pontificia Comisión Bíblica, 21 de abril 1964).

Teología de la Revelación, René Latourelle, Ediciones Sígueme, Salamaca, 1967.

Una fe personal es una fe eclesial, José María Mardones, Sal Terrae, Madrid, 1995.